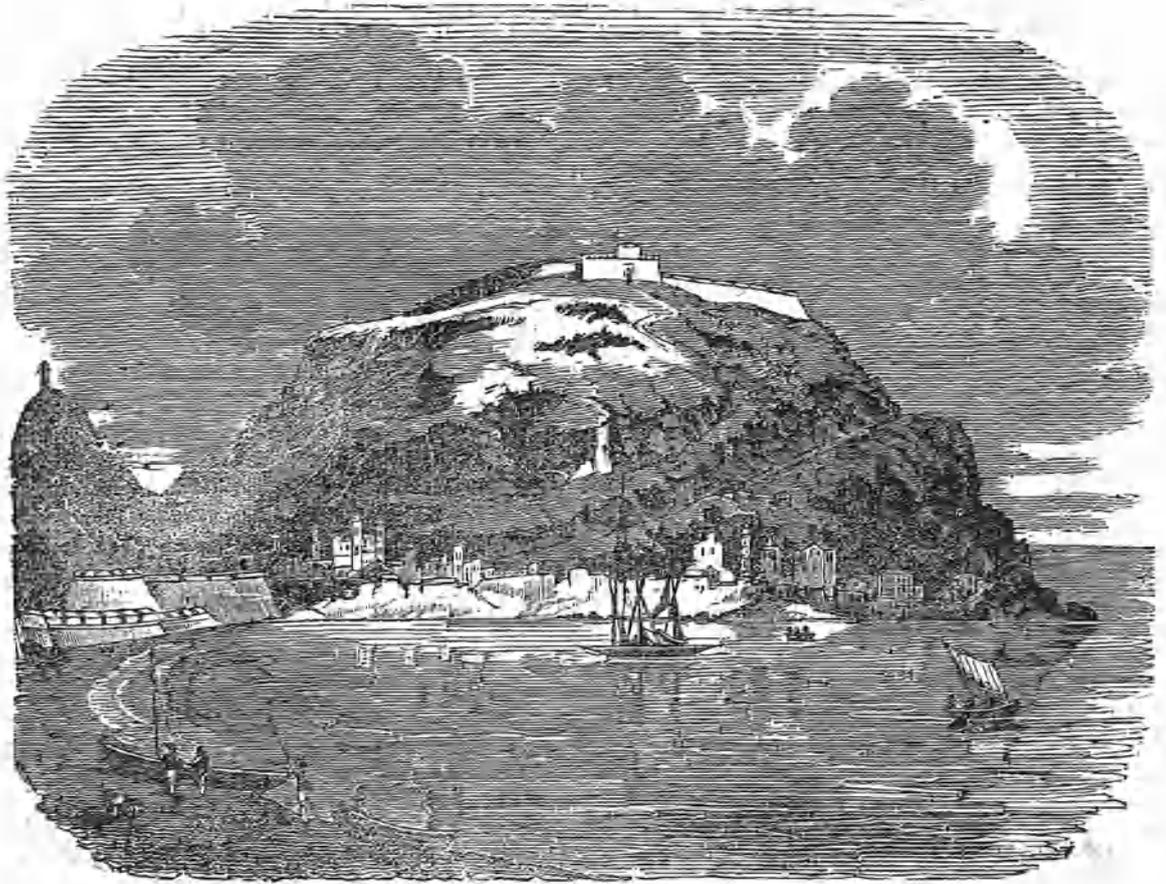


ESPAÑA PINTORESCA.



(Vista general de la ciudad y puerto de San Sebastian).

SAN SEBASTIAN.



A hermosa ciudad de S. Sebastián, plaza fuerte de España, en la provincia de Guipúzcoa, se halla situada en una planicie que empezando á formarse por el N. al pie de una montaña medianamente elevada, sigue luego por E. y S., hasta que termina en el mar Océano cantábrico. El frente de tierras mira directamente á una marisma que inunda el mar en sus crecientes, y por la cual corre el rio Uramea despues de salir del hermoso valle de Loyola, que empieza en Astigarraga. Esta marisma está cerrada por unas lomas desiguales, pero que dominan toda la ciudad. Las de la izquierda del rio tienen á su falda y pie

Segunda série.—TOMO II.

el arrabal de S. Martín entre 500 á 700 varas de la plaza, y ciñen la concha del puerto hasta el arrabal de la Antigua, continuando entrecortadas por una cañada hasta enlazar con las descendencias del monte Iqueldo. Las de la derecha siguen la corriente del rio, terminan por encima del convento de S. Francisco, tuercen hácia el E., mirando al N. paralelas al monte Ulia con el que forman un delicioso valle por el camino que va desde esta ciudad á Pasages, que termina como carretera en la Herrera, á donde llegan dichas lomas. Este frente de tierra viene á cerrar en mareas altas toda la península que forman la plaza y el monte, comunicándose por el arenal de San

15 de diciembre de 1840.

Martin, con el camino de Hernani. Así que no distando los dos brazos de mar que bañan ambos muros de E. y O. mas de un tiro de fusil entre sí, viene á reducirse el pueblo con la montaña que le hace espalda, á una perfecta península, formando un golpe de tan agradable perspectiva, que se representa, como una ciudad flotante, en cima de las aguas del Océano.

La variedad de montes, sierras, collados y llanos que le circundan; la amenidad y frescosidad de las arboledas; las bellas plantas y verdura que mantienen vestido el suelo de su distrito casi todo el año, con un verdor placentero al que realza mucho mas aquella espinosa planta que solo se cria en toda la estension que hay desde el cabo de Finisterre hasta el de Higuer, en Fuenterrabia, la argemonea, cuya hermosa flor amarilla compete con las de los mas vistosos retamales que cubre todas las sierras que rodean á S. Sebastian, y la vistosa abundancia de tantos zarzales entretregidos de laureles, morales, frisales, rosas y saucos silvestres, despidiendo una fragancia que deleita los sentidos; la abundante caza que se avia en las espesuras de los bosques, de jabalies, corzos, zorros, liebres, y en las embocaduras de los rios, de grullas, codices, gaviotas y cisnes, y las grandes cascadas que se derrumbaban por los cañados y quebraduras de los montes, que aumentan los caudales del rio Urumea, que van á parar al Océano, cerca de S. Sebastian forman una vista muy pintoresca, y ofrecen gozo solaz y divertimento al cansado viajero, al cazador, y sublimes inspiraciones al artista y al poeta.

El terreno sobre que está fundada la ciudad y sus contornos es sumamente arenisco, y con poca greda, lo cual contribuye á la comodidad del piso, pues no se forman lodos cuando llueve. La forma de la ciudad es la de un rectángulo, cuyos lados opuestos, la union con el monte y el frente de tierra tienen de 1.600 á 1.700 varas de longitud.

La mayor parte de su construccion es muy moderna, pues destruida y abrasada el año 1813 por las tropas aliadas esta ciudad y con ella los bellos magníficos edificios que la hermoseaban y los ricos tesoros de exquisitas memorias y antigüedades que contenian, se dió principio á su redificacion con arreglo al plan aprobado por el supremo consejo de Castilla, en marzo de 1816, dando nueva planta á la poblacion, delineando sus calles á cordel, alargándolas y ensanchándolas con toda la regularidad que permitia la disposicion topográfica del terreno llano en la mayor parte y en su total enteramente cuadrado. Se hicieron nuevos cimientos en los solares de las calles sinuosas, proporcionando por este medio la construccion de casas tan capaces y tan superiores á las antiguas, como se puede colegir de que 120 de las nuevas ocupan 237 solares de las anteriores. Todas las casas llevan una misma altura, igualdad de vuelo en los techos ó aleros, de cornisa continuada y balcones, y lo que dá realce á todo las pilstras que resaltan en las medianías entre los edificios, pues se ha dispuesto en tal conformidad que cayendo por sus medias cornisas todas las aguas vertientes de los techos, y saliendo á la calle por boqueretes á nivel del suelo, se evitan las incomodidades de goteras.

Una de las obras mas elegantes es la construccion de la plaza nueva, situada en el centro del pueblo. Sus fachadas edificadas sobre 55 arcos de medio punto, que forman el primer cuerpo, tienen tres pisos exteriores, ademas del entresuelo interior, en los que hay balcones corridos con bellos balaustrados, formando otras tantas galerías que adornan las fachadas.

Todo el primer cuerpo de la obra, las jambas, cornisas y cartelones que la adornan son de piedra sillar, me-

clada con piedra caliza azul de las de Hernani, cuya interpolacion da solidez y elegancia á la obra. La parte interior de los arcos forma hermosos y espaciosos portales bien enlosados; y se recorren los cuatro fachadas cubiertas por haberse construido bellos terrados sobre arcos rebajados de piedra sillar, en las cuatro bocacalles que entran en la plaza.

Otra de las obras atrevidas é imponentes ha sido la apertura con que se dió comunicacion recta y plana desde la puerta del mar hasta la plaza nueva, la cual se verificó atravesando tres manzanas de solares de casas, y seccionando una colina de arena de 30 pies de altura. Por medio de un puente cauteril de arco elíptico, sigue la calle del campanario y por debajo del arco la nueva del puerto, cruzando ambas vistosamente adornadas con grupos de casas grandes, de igual orden y método que las demas.

El puente de santa Catalina sobre el rio Urumea se ha concluido tambien despues del bloqueo de la plaza el año 27 bajo el plan y direccion del arquitecto de la academia D. Pedro Manuel de Ugarte Mandia, reuniendo la elegancia á la solidez. Tiene una estension de 510 pies de largo y 28 de ancho. Es de 8 arcos de madera y de armadura poligona de suyo gusto, y sus manguardias de piedra sillar berroqueña, construidas sobre pilotaje y adornadas en la parte superior de cuatro pedestales elevados con jarrones de la misma materia á las dos entradas del puente.

Entre las fabricas que sobresalen mas en S. Sebastian merecen particular mencion las de remos y cortidos.

Su puerto ó concha es de poca capacidad: en su entrada hay suficiente agua para navios de guerra, pero á poca que se interne se va perdiendo el fondo, y es muy poco y de dificultosa entrada en los temporales. Entre el monte Urgull y la plaza hay un pequeño puerto ó arsenal bastante cómodo con varios muelles donde se aseguran las embarcaciones de comercio, y hacen sus embarcos y desembarcos.

La plaza es de las que se llaman irregulares, reduciéndose á un cuadro, cuyo lienzo oriental es de 11 á 12 pies de grosor, y el occidental de 7, rematando ambos en los cubos de Torrano y del loguete, entre los cuales se estiende la muralla meridional que es de 32 pies de gruesa. En este lienzo está la puerta de tierra, cubierta con un tambor de estanzada y el piso del foso principal. Este baluarte es de muy sólida construccion y robustez con dos grandes bóvedas á prueba, una sobre otra, que sirven de almacenes.

El frente de la Zuriola da sobre el rio Urumea, que cae al pie exterior de la muralla, sigue toda su longitud hasta desaguar en el mar. Entre las lomas y convento de S. Francisco al mar y rio hay un arenal bajo y espacioso que cubren las altas mareas, y entre este, las lomas y montaña derecha se forman unas montañas de arena movediza, en su capa superior de 900 varas de largo y 460 de ancho, que forman varios montecillos que dominan la ciudad, y son dominados por el monte Urgull.

La plaza carece de agua en todo tiempo, pues la única fuente de buena calidad, viene de fuera por una cañería descubierta muy facil de cortarse.

El frente del puerto es una alzó muro sencillo, y aunque al parecer es mas endeble, en realidad es el mas fuerte de los tres de la plaza, si se atiende á que su pie bañado por las altas mareas, dejando en las bajas un estrecho arenal de piso movable, al que es necesario entrar á la desfilada, de suerte que este foso natural es de grande obstáculo á los sitiadores en caso de ataque.

San Sebastian siempre ha sido un pueblo comerciante; su tráfico es tan antiguo como el pueblo mismo. Muchos

escritores aseguran ser las leyes marítimas y mercantiles contenidas en su célebre fuero concedido por el rey Don Sancho el Sabio de Navarra hacia el año de 1150, de las mas antiguas de la nacion. En efecto la individual mención con que se especifican en el citado fuero los géneros y mercaderías que entran y salen en San Sebastian en el siglo XII, las relaciones que tenia este puerto con otros famosos por el comercio cual Bayona y la Rochela; el establecimiento de un almirantazgo en el mismo S. Sebastian, quizá el mas antiguo del reino, segun toda consta del propio fuero, le suponen como un emporio del comercio.

Los repetidos ataques con que ha herido el tiempo esta importante ciudad, particularmente en estos últimos años, entorpecieron como era consiguiente sus fábricas y comercio, alejando de su centro considerables capitales con la emigracion de personas notables por sus riquezas é ilustracion; pero el feliz restablecimiento de la paz, cuyo precio no conoce quien no ha probado lo amargo de la guerra, la halagüeña perspectiva de una ciudad naciente que á las gracias de la infancia agrega todas las bellas cualidades que el hombre de bien y pacífico puede apetecer para vivir en sociedad, como la cultura, afectuosa cortesía, nobleza, franqueza y dulzura de costumbres de sus habitantes han estimulado á muchas de las primeras familias del reino á establecerse en ella, donde disfrutan los frutos preciosos que produce la union, principal elemento de la felicidad pública.

LITERATURA RABÍNICA ESPAÑOLA.

ARTICULO 2.º



Es ciertamente singular la semejanza que ofrece la literatura hebrea con la arábiga en su marcha progresiva. Ambas fueron importadas de Oriente por dos pueblos de creencias y origen absolutamente distintos, y de todo punto contrarios al país y creencia religiosa de la nacion en que se establecieron. Ambas, al comenzar á fomentarse fundaban su orgullo en las explicaciones y comentarios de sus libros sagrados. Ambas llegaron en los mismos siglos, con muy corte diferencia, á la altura particular designada á cada una de ellas por su índole y condicion respectiva. Ambas extendiendo á los conocimientos profanos el predominio del entendimiento, cultivaron las ciencias y letras humanas con general provecho. Y ambas, por fin, entrando en comercio recíproco con la naciente literatura castellana, la ayudaron á crecer y nutrirse, hasta que ya en edad viril acudió á beber en los mismos manantiales en donde aquellas adquirieron su verdor y lozanía.

Los hebreos sabios, antes y despues de su dispersion por toda la tierra, hacían en general del estudio de la lengua griega uno de los fundamentos mas sólidos de su ilustracion; de manera que no les fueron desconocidas, ni absolutamente inútiles, las obras maestras de la antigüedad; á veces impugnadas, á veces elabadas en sus lenguas, segun las hallaban mas ó menos conformes con

las doctrinas que ellos profesaban, aunque siempre combatiendo vigorosamente la idolatría de los gentiles. Sin embargo, debemos creer que la literatura arábiga, de tan poderosa influencia en España desde el siglo X, influyó igualmente en la hebrea rabínica; puesto que el carácter de sus producciones se identifica en gran manera con el de las castellanas en los siglos posteriores al XI, en que ambas literaturas florecían. No podia menos de suceder así atendidas las circunstancias favorables que contribuyeron á hacer preponderante en España la literatura arábiga, y el escaso apoyo de la rabínica, reducido á los parciales esfuerzos de unos hombres aislados, tolerados mas que consentidos en pueblos estranos y antipáticos para con ellos. Por el contrario; el esplendor de las letras árabes se apoyaba en el esplendor de su imperio; las obras clásicas de la antigüedad habían sido traducidas y comentadas en idioma arábiga; y este llegó, por lo tanto, á ser la lengua científica de su época. Por otra parte, el gobierno árabe alentaba y protegía á los hombres sobresalientes en cualquier ramo de los conocimientos humanos, y proporcionaba medios de llevarlos al último grado de prosperidad y grandeza. Si el buen gusto y la exactitud científica no llegaron entre ellos á su posible perfectibilidad, causas mediaron para que así sucediese, nacidas de una concurrencia de circunstancias harto ajenas por cierto de la capacidad que siempre manifestaron para cultivar con fruto todos los ramos del saber humano.

Los hebreos españoles no podían contar con iguales elementos para adelantar en su genuina literatura. Carecían de estímulos; obraban sin objeto, sin espíritu, compacto de nacionalidad; sus esfuerzos eran aislados, y luchaban en competencia de una nacion muy culta, con una lengua bien formada, eco de saber en escuelas y academias públicas: he aquí por qué se vieron precisados á seguir las huellas de la que se enseñoreaba entonces como cabeza de las demas literaturas de su tiempo. Los hebreos, pues, constantes únicamente en sus dogmas y doctrinas religiosas, cuyo gusto literario fué siempre uniforme en cuanto á su exposicion y comentarios, siguieron en el cultivo de las letras profanas el camino mas trillado á la sazón; y dedicándose con esmero á la lengua arábiga, llegaron hasta el punto de escribir en ella muchas de sus mas preciadas obras.

El solo hecho de valerse para expresar sus pensamientos de los idiomas latino, arábiga y castellano, reservando el nativo para las discusiones dogmáticas, manifiesta de una manera indudable que la literatura profana no era suya, sino prestada; prestadas sus inspiraciones; prestados sus adornos y sus galas; de la misma suerte (y sea dicho sin escándalo) que la romana literatura de España no fué nuestra, sino hija bastarda del Latín; de la misma suerte que la literatura española del siglo XVIII y lo que vá del presente tampoco es nuestra, sino hija mestiza de la francesa; por haber muerto en el XVII la que mas caracteres tenia de verdaderamente española. Tan cierto es que de igual manera influyen las naciones poderosas en el órden político como en el literario; y que un gran pueblo debe tener certeza de estender su influencia sobre las letras y las costumbres hasta donde alcanza la preponderancia de sus armas y política.

La época notable de los escritores rabínicos de España se fija comunmente en el siglo XI; pues aunque algunos pretenden encontrarla en el IX, no alegan suficientes razones para autorizar su aserto. Prueba es de lo contrario el que los judíos establecidos antes de ese tiempo en nuestro país, enviaban á sus hijos á las academias de Persia establecidas en las ciudades de *Pumbedit* y *Mehasick*.

y allí estudiaban las letras sagradas bajo la dirección de los *Emoraim* ó expositores del Talmud. Pero concluidas aquellas academias, ó *Festhas*, se trasladaron estas á España, abriéndose la primera en Córdoba por *R. Moseh*, en el año 948.

No hay duda en que desde el siglo X se enumeran ya varios rabinos españoles muy versados en materias gramaticales; pero siempre con mas preeminencia en las cuestiones teológicas, asunto inagotable de sus mas voluminosas obras; sin que por eso descurridasen el estudio de los conocimientos útiles. Así es que ya en el siglo XI vemos citados honoríficamente algunos rabinos como muy célebres en jurisprudencia, astronomía, filosofía y medicina; de los cuales no hablaremos, porque habiendo escrito en su lengua nativa, ningún fruto demos sacar de tan enojosa enumeración.

Contrayéndonos á los que lo hicieron en castellano, los bibliógrafos citan entre otros escritores del siglo XI, al rabino *Isaque*, autor de una obra de medicina escrita en nuestra lengua, y en la que trata de varias especies de calenturas como tambien de las tercianas y cuartanas; códice antiquísimo que pertenece á la biblioteca del Escorial.

Si es cierta la fecha remota del año 1070, que se pretende dar á este códice; si no hay en ella error ó suplantación, como es de temer, los eruditos tienen motivo para hacer nuevas indagaciones sobre la antigüedad de la lengua castellana; puesto que el mas antiguo documento que de ella poseemos, de autor español, es el poema del *Cid*, cuya fecha nadie se atreve á fijar mas allá del siglo XII. Y si en efecto la obra de *Isaque* pertenece al siglo XI, habría necesidad de hacer retroceder la del poema del *Cid* al X por ser todavía mas anticuada su habla que la de nuestro rabino. Para los que conocen aquel poema no es necesario trasladar aquí trozo alguno que daría sobrada extensión á este artículo, y por consiguiente solo copiaremos uno de la obra de *Isaque* que dice así: «Conviene que torneemos aquello de que es nuestra existencia é que comencemos á saber de la fiebre que es así qual et como et por que é donde nace é donde é como ese cria ca en demandar de la fiebre si es sera grand sanedes. Ca vemos é entendemos que fiebre es en muchas maneras mas comencemos á saber que es la su definición sabremos la su natura é la su sustancia qual es en así se demuestra la sustancia qual es de las cosas.» Este antiguo códice, que no obstante la rudeza de su lenguaje, no carece por eso de doctrina científica, deja traslucir una edad posterior al siglo XII. Dejaremos pues á los eruditos la indagación de este punto filológico.

Aunque solamente nos hemos propuesto hablar en general de los rabinos que escribieron en castellano, no podemos menos de hacer mención de uno de los que lo hicieron en hebreo, por ser su fama un nuevo timbre de nuestras antiguas glorias. El *R. Abraham Ben Meir Aben Hezra* llamado por los judíos *Chacam*, ó sabio, nació en Toledo, segun se cree en el año 1119: fué excelente filósofo, astrónomo, médico, poeta, gramático, cabalista, y uno de los intérpretes más sobresalientes de la ley antigua. Si hemos de dar fé al dicho de *Hilarion Altoben Semí*, en sus *Tablas reales*, fué tenido *Aben Hezra* por inventor del modo de dividir la esfera celeste, por medio del ecuador, en dos partes iguales. Mas lo que no tiene duda es, que fué muy instruido en varias lenguas, particularmente en la árabe; y que su ansia de saber le indujo á viajar por Inglaterra, Italia, Grecia y otras partes, hasta que por último pasó á la isla de Rodas, en donde falleció. Varias obras escritas por este rabino, algunas de las cuales existen en la biblioteca del Escorial, manifiestan en

sentir de los demas rabinos, sus extensos conocimientos en las ciencias que abarcaba; y algunos críticos modernos han apoyado aquel juicio, añadiendo no poca lustre al nombre de *Aben Hezra*.

En el largo catálogo que podríamos presentar de rabinos españoles del siglo XII, eminentes por su sabiduría, se advierten tres cosas: 1.^o que la base de todos sus estudios era la astronomía, y por consiguiente la astrología, tan admitida y menoseada en aquellos siglos. 2.^o Que la medicina fué una de las ciencias que mejor cultivaron, y en que más sobresalieron; en términos de que los *Aforismos médicos de Ben Maimon*, ó *Maimónides*, uno de los rabinos más sabios, no eran reputados por inferiores á los de *Hipócrates*, en sentir de muchos médicos hebreos. Y 3.^o que su grande estudio de las lenguas hebreas, caldeas, griega, árabe y latina les proporcionaba medios seguros de progresar asombrosamente en las ciencias, así naturales, como especulativas y exactas. Comprueben esta opinión las varias obras rabínicas de aritmética, álgebra, astronomía, astrología y cábala, publicadas por los rabinos en el siglo XII.

El mismo *Maimónides*, ya citado, manifiesta sobradamente en sus numerosas obras, cuán vasta era entonces la instrucción rabínica, puesto que este insigne escritor trató en ellas de jurisprudencia, teología, filosofía, lógica, medicina y matemáticas, valiéndose alternativamente de las lenguas hebreas, árabe, caldea y griega. Sus obras, pues, son en tan crecido número, que admira pudiese tener espacio suficiente ni aun para la simple materialidad de escribirlas. Débese suponer por lo mismo, que á pesar de su gran talento, debió incurrir forzosamente en considerables errores, como acontece siempre que nos proponemos hacer caminar al entendimiento con mas velocidad de lo que permite la reflexion: causa muchas veces de haberse malogrado grandes ingenios.

Los reducidos límites de un periódico no nos permiten dar pruebas de la literatura árabe en la rabínica española, enumerando los muchos *namahathiquim*, ó traductores, que vertieron al hebreo las obras más celebradas de los árabes en todas materias: así como la circunstancia de haber escrito los rabinos con preferencia en su lengua ó en la árabe, idiomas poco cultivados en los siglos modernos, ha contribuido tal vez á no dar estimación á su literatura. No ha sucedido lo mismo con la antigua á causa de contenerse en ella los libros sagrados, fundamento de nuestra religion, y ser por consiguiente conocida aun de las clases ignorantes.

Es verdad que la moderna literatura hebreá se diferencia notablemente de la antigua, entendiéndose por ésta los libros de Moisés y de los profetas, hasta la venida de *J. C.* Aquella, difundida por los judíos en Europa, despues de la total destrucción del templo de Jerusalem por los romanos, tiene el carácter de las abstracciones y de la especulación científica; á medida que la organización de los estados los predisponia al mejor cultivo de las ciencias útiles para el progreso fabril é industrial; y por consiguiente decayó de su elevación poética. Mas á esta decadencia contribuyó con mas fuerza que ninguna otra causa el nacimiento del cristianismo. Hasta entonces se había hecho, en cierto modo, concienzudamente por los hebreos; y aunque disentan entre sí respecto de ciertas interpretaciones, no se desviaban sin embargo del espíritu de la revelación. Mas desde la venida de *J. C.* se negaron á reconocer en su persona el Mesías anunciado por los Profetas; y abrieron por consiguiente un nuevo campo para lidiar contra sus antagonistas los cristianos. Desde aquel momento á la interpretación sincera del texto sagrado sucedió la argucia so-

fística y la sutileza del ingenio, á fin de sostener con gra-
tuitos comentarios y forzados argumentos que no podía
ser Jesús el Mesías prometido. A impulso de esta tenden-
cia moral, el espíritu de discusión fué destruyendo poco
á poco las galas de la fantasía; y toda su literatura se re-
sintió por consiguiente de aquel cambio imprevisto. La *Ga-
bala*, que en su sentido recto significaba entre los judíos la
ciencia de la tradición y de las doctrinas recibidas confor-
me á los dogmas religiosos, se trasformó en una vana cien-
cia, llamada luego por desprecio *caballística*, á causa del
abuso de los hebreos en formar de ella ridículas combina-
ciones de letras y anagramas con las palabras de la sagrada
escritura, á fin de averiguar lo inveriguable, á fin de dar-
se por iniciados en supersticiosas adivinaciones, y á fin de
atear con aire de misterio y de profunda penetración los
dogmas esenciales del cristianismo. Mas todo esto, como
hemos dicho, se convirtió en daño para su literatura; por-
que perdió su primitivo carácter de ingenua sencillez, y
aquel verdor y lozanía que ha servido siempre de distin-
tivo á la literatura oriental.

En la antigua hebraica, aun prescindiendo de la causa
sobrenatural que con sus inspiraciones inflaba en la men-
te y en el corazón de los autores de libros sagrados, me-
diaban otras causas comunes, capaces de contribuir de al-
guna manera á la prosperidad literaria de los hijos de Is-
raél.

Desde luego hallamos en ellos un pueblo antiquísimo
y civilizado, el primero en conocer la existencia del ver-
dadero Dios, en recibir sus leyes y tributarle culto: un
pueblo que entusiasmado con su creencia religiosa, alma
de sus leyes políticas, militares y civiles, lucha constan-
tamente por su religión y libertad contra enemigos auda-
ces y poderosos: un pueblo que sufriendo la esclavitud
á pesar de su espíritu de independencia, y todo género
de penurias y miserias en castigo de su desobediencia á
los mandatos del supremo Hacedor, mas y mas inflama
su pensamiento con la idea grande y sublime que habia
formado de la divinidad: en fin un pueblo esencialmente
espiritual; con una legislación de igual naturaleza; con
unas costumbres arregladas á los mismos principios reli-
giosos, con un espíritu de nacionalidad y patriotismo
afinazado en la solidez de sus dogmas; con una literatura
fugosa, nutrida del espiritualismo de su religión, de la
grandeza de las imágenes orientales acomodadas á la gran-
deza misma del objeto de sus meditaciones; y expresada
por medio de una lengua enérgica, concisa y varonil.
Tales son las ventajas con que podia contar la antigua li-
teratura hebrea para ser animada y grande, para que sus
escritos fuesen verdaderas epopeyas; como expresion, al
fin, de una sociedad mecida en el seno de una religión es-
piritual, preparada siempre á rechazar en todos sentidos
la mas leve idea de materialismo.

A este punto limitamos nuestras observaciones para no
incurrir en la nota de difusos. Poco hemos dicho de la li-
teratura hebrea; pero eso poco bastará tal vez para que
otros con mas copia de erudición y de crítica, pongan mas
en claro el mérito que con relacion á su época llegaron
á alcanzar los rabinos españoles.

REVILLA.

EL CARALLERO DOBLE.



or que se muestra tan peserosa la blonda
y hermosa Eduvigis. ¿Qué meditaciones
embargan su pensamiento, sentada y dis-
traída, apoyada la frente en sus manos, el codo sobre la
mesa, mas melancólica que la desesperación, mas pálida
que las estatuas de alabastro que lloran sobre las losas
de los sepulcros?

Una lágrima para como el cristal se desliza de sus pár-
pados por el suave vello de sus mejillas; una lágrima so-
la, pero que jamás cesa de caer, y á la manera de aque-
lla gota de agua que se filtra por las bóvedas de la roca,
y que al fin deshace la peña, así esta lágrima tan sola
cayendo sin cesar de sus ojos sobre su corazón le ha he-
rido y atrozado de parte á parte.

Eduvigis, hermosa Eduvigis, por ventura no creéis
en Jesucristo, en el dulce Salvador? dudáis acaso de la
misericordia de la septésima Virgen María. ¿Por qué com-
primis sin cesar contra el pecho vuestras lindas manos
diáfanas, y delicadas como las de las Sifides? Consolaos,
bella Eduvigis; vais á ser madre: vase á cumplir vuestro
deseo mas amado, y el conde de Lodbrog, vuestro no-
ble esposo, ha prometido un altar de plata maciza, y un
incensario de oro fino á la iglesia de S. Cuberto, si le
dáis sucesión.

Mas ah! la infeliz Eduvigis tiene el corazón traspas-
ado con los siete dolores, porque un terrible secreto
corroe su alma.

Hace algunos meses; era una noche de horror y os-
curidad; las torres retemblaban en sus cimientos; las
velas rechinaban en sus agujas; el fuego chispeaba en
las chimeneas; el viento golpeaba en las ventanas como
un importuno que quiere entrar; despedía el buho su
fútil canto en las selvas, y ensanchaba sus narices el
javalí en el bosque. En esta noche de tristeza y luto lle-
gó á la quinta de Eduvigis un extranjero, bello como un
ángel, pero como un ángel caído; su sonrisa era dulce,
y dulce tambien su mirada; y no obstante esta mirada
y esta sonrisa hablaban de terror, é inspiraban aquel hor-
ror y estremecimiento que se experimenta al asomarse al
borde de un abismo. Una gracia malvada, una languí-
dez páfida, como la del tigre que olfatea su presa, acom-
pañaban todos sus movimientos, y alucinaba á la manera
de la serpiente que fascina á los pajarillos.

Era este extranjero un cantor: su aleteado semblante
manifestaba que habia visto otros cielos: y segun el de-
cia, venia de Bohemia, y pedia hospitalidad por solo
aquella noche: pero permaneció aquella noche, y otras
días y otras noches tambien, porque la tempestad no se
apaciguaba, y el castillo se agitaba en sus cimientos, co-
mo si el huracan quisiera derribarle y hacer caer su co-
rona de almeas en las aguas espumosas del torrente.

Ocupaba todo el tiempo en cantar extrañas poesías que
turbaban el corazón, inspirándole funestas ideas, y mien-
tras que duraba su cántico, se posaba en su espalda un
cuervo negro y lustroso como el azabache, y llevaba el
compás con su pico de ébano, y oarecia aplaudir sacu-
diendo sus alas. Eduvigis palidecia como los lirios á la
claridad de la luna; Eduvigis se ruborizaba como las ro-
sas de la aurora, y se dejaba caer en su sofá, lánguida,
medio muerta, asoporada, como si hubiese respirado el
perfume fatal de aquellas flores que causan la muerte.

Pero una bella sonrisa azul desarrugó la frente del cielo, y el cantor de Bohemia pudo partir. Desde aquel día Edvigis no cesa de llorar apoyada en el ángulo de la ventana del castillo.

Edvigis es madre de un hermoso niño blanco como el alba, encarnado como el clavel. El anciano conde Lodbrog ha mandado fundir el altar de plata maciza, y ha dado mil monedas de oro al platero, en un bolsillo de piel de renos para que fabrique el capon que deberá ser ancho, pesado y de cabida de una gran medida de vino.

El niño es blanco y encarnado, pero tiene la mirada sombría del extranjero bohemio: su madre lo ha observado con atención. Ah! infeliz Edvigis; porque habéis mirado tanto al extranjero con su arpa armoniosa y á su funesto cuervo!

El capellan bautiza al niño y le dá el nombre de Olof. El astrólogo sube á la torre mas alta para sacar el horoscopo.

La atmósfera estaba despejada y fria; una cresta de montañas cubiertas de nieve dividia el manto del cielo: y largas y pálidas estrellas brillaban en el oscuro azul de la noche, como si fueran soles de plata.

Sube el astrólogo á lo alto de la torre; observa el año, el dia y minuto del nacimiento del niño; forma largos cálculos con tinta roja sobre un pergamino lleno de signos cabalísticos; entra en su gabinete, vuelve á subir á la terraza: no se ha engañado, el tema de nacimiento está tan exacto como un pesillo de piedras finas; no obstante lo forma de nuevo, y no encuentra error alguno.

El pequeño conde de Olof tiene una estrella doble, una verde y otra roja; la una verde como la esperanza, la otra encendida como las brasas; la una favorable, la otra adversa.

El astrólogo entra en el aposento de Edvigis con paso grave y acompasado, y dice, pasando su mano huesosa por su larga barba de mago.

—Condesa Edvigis, y vos, conde Lodbrog, dos estrellas han presidido al nacimiento de vuestro precioso hijo: la una verde, roja la otra: Olof se halla sometido á dos ascendientes contrarios; su vida será muy feliz ó muy desgraciada; tal vez sea entrambas cosas.

El conde Lodbrog respondió al astrólogo, la estrella verde influirá en su vida; pero Edvigis temia en su corazón que influyera la estrella roja, y descansando su frente entre sus manos, y el codo en sus rodillas comenzó á volver emergo llanto. Su única ocupacion, despues de dar el pecho á su hijo, era mirar por entre las vidrieras de su ventana cual caía la nieve en témpanos duros y apilados, como si se hubieran desplomado en los cielos las alas blancas de todos los ángeles y de todos los querubines.

De vez en cuando pasaba por delante de los cristales un cuervo negro graznando y sacudiendo la nieve de sus alas, y recordaba á la bella Edvigis el cuervo singular que se posaba en el hombro del extranjero de dulce mirar de tigre, de encantadora sonrisa de víbora.

Y sus lágrimas caían con mas rapidez de sus ojos sobre su lacerado corazón, sobre su corazón traspasado de parte á parte.

El joven Olof es un niño particular; parece que encierra su delicada y blanca piel dos niños de un carácter diferente; unos dias es bueno como un ángel; otros dias soberbio como un demonio, despedaza á bocados el pecho de su madre, y desgarrá con sus uñas el rostro de su ama.

El anciano conde Lodbrog dice sonriendo: sé que

Olof será un buen soldado, porque tiene un genio belicoso; pero Olof es un niño insuperable, caprichoso como la luna, antojadizo como una mujer, corre y se detiene sin motivo aparente; abandona lo que ha comenzado á hacer, y hace suceder á la mas inquieta turbulencia la inmovilidad mas absoluta: aun cuando se halla solo parece conversar con un interlocutor invisible; y cuando se le pregunta la causa de todas estas agitaciones, dice que le atormenta la estrella roja.

Olof ha llegado á los quince años: su carácter se ha hecho aun mas inexplicable: su fisonomía, aunque de una belleza extraordinaria, tiene cierta vaga expresion: es rubio como su madre, con todos los rasgos de la raza del Norte; pero en su blanca frente como la nieve aun no pisada por el cazador, ni manchada por el pie del oso, bajo su frente de antiguo linaje de los Lodbrog brilla entre dos roseados párpados y sus largas y negras cejas una pupila de azabache iluminada con los dulces ardores de la pasión italiana, una mirada cruel y dolorosa, como la del extranjero, cantor de Bohemia.

Mas ay! ¡cómo se pasan rápidos los años! Edvigis reposa ya bajo las tenebrosas bóvedas del panteon de Lodbrog, al lado del anciano conde que se sonríe en su féretro por que no se ha extinguido su nombre. Edvigis estaba ya tan pálida que apenas la ha cambiado la muerte. Reclinada en su tumba hay una estatua, unidas ambas manos y apoyadas sus pies en una galga de mármol, fiel compañera de los difuntos. Nadie sabe lo que dijo Edvigis en sus últimos instantes; pero el sacerdote que la confesaba ha quedado mas pálido que la moribunda.

Olof, el blanco y rubio hijo de la desconsolada Edvigis cuenta ya veinte años. Es sumamente diestro en todos los ejercicios; ninguno le aventaja á tirar el arco: su flecha hiende la del contrario que retemblaba clavada en el corazón del objeto que servia de blanco; sin freno y sin espuelas doma los caballos mas indómitos.

Jamás ha mirado á una joven impunemente; pero ninguna de cuantas le han amado ha sido dichosa. La fatal desigualdad de su carácter se opone á toda realizacion de felicidad. La mitad de su cuerpo está dominado por la pasión, la otra mitad por el odio; tan pronto domina sobre él la estrella verde, como la estrella roja. Un dia esclama con la mayor dulzura. «O blancas virgenes del Norte; brillantes y puras como las nieves del polo, cuyas pupilas son claras como la luna, cuyas mejillas estan bañadas de los frescos albares de la aurora boreal!» y otro dia grita inflamada de pasión. «O vosotras hermosas hijas de Italia, doradas por el sol y rubias como el oro, vosotras que abrigais corazones de fuego en pechos de bronce!» Y lo mas triste y lastimoso es su sinceridad en ambas exclamaciones.

Pero no le acuseis, vosotras infelices y desconsoladas bellezas, vosotras sombras lastimosas, porque Olof es mucho mas desgraciado: su corazón es un terreno hollado sin cesar por los pies de dos luchadores desconocidos, cada uno de los cuales intenta, como en el combate de Jacob y del Angel, derribar á su adversario.

Hállanse á veces en los cementerios, bajo las largas hojas del verbasco, bajo las ramas del gamon de un verde mal sano, entre la balluca y las ortigas, mas de una piedra abandonada, donde el rocío de la mañana esparce sus puras lágrimas. Mina, Dora, Zeela; cuanto es pasada la tierra á vuestros pechos delicados y á vuestros cuerpos encantadores.

Un dia llama Olof á su fiel escudero Dietrik, y le manda ensillar su caballo.

—Señor, mirad como cae la nieve, como silva el viento haciendo inclinar basta el suelo la cima de los abetos;

no ois á lo lejos bullar los amirientos lobos, y bramar como las almas en pena los rengíferos agonizantes!

— Dietrik, fiel escudero, yo sacudiré la nieve como la pelusa que se pega á la capa; pesaré bajo el arco de los abetos, inclinándome un poco la gerzota de mi casco; las uñas de los lobos se embotarán en esta bien templada armadura, y separando la nieve con la punta de mi espada, descubriré al desmayado rengífero que gime y vierte ardientes lágrimas el florido y lozano musgo de que se halla privado.

El conde de Olof de Lodbrog, porque tal es su título desde que murió el anciano conde, parte en su arrogante caballo acompañado de sus dos grandes perros, Murg y Fearis; porque el joven señor tiene una cita, y ya tal vez á pesar del frío de la brisa, se halla asomado en el tallado balcón que hay en lo alto de la delgada torrecilla del castillo la joven hermosa impaciente, intentando distinguir entre la blancura del campo el penacho del caballero.

Olof corre la campiña en su gran caballo de formas de elefante, cuyos hijos dibuja con las espuelas; atraviesa el lago convertido por el frío en un trozo de mármol, y donde se encierran los peces halados, y teudidas las nadaderas, como petrificaciones; las cuatro erraduras del caballo, armadas con agudos clavos, muerden la dura superficie: Olof envuelto y acompañado de una neblina formada por su sudor y su respiración parece cabalgar en una nube; los dos perros Murg y Fearis corriendo á los dos lados de su señor, arrojan por sus ensangrentadas narices largas surtidores de humo, como los animales fabulosos.

Llegan por fin al bosque de abetos que semejantes á los espectros extienden sus pesados brazos cargados de blancas redes de nieve: el peso de la nieve encorba las mas tiernas y flexibles ramias, y ofrecen á la vista mil preciosos enillos de plata. El negro terror habita en esta floresta, donde las rocas figuran formas monstruosas, donde cada árbol con sus raíces parece ocultar á sus pies un uido de dragones. Pero Olof no conoce el terror.

El camino se estrecha mas y mas; los abetos cruzan inextricablemente sus ramas dando dolorosos quejidos; apenas algunas ráfagas de luz permiten ver la cadena de nevadas colinas que se elevan en blandas ondulaciones por el encapotado cielo.

Pero felizmente Mopso es un vigoroso alcega que llevaria en sus ancas sin flaquear al gigantesco Olof: ningún obstáculo le detiene: salta por encima de las rocas; cruza los barrancos, y de vez en cuando arrenca de los guijarros que hieren su casco bajo la nieve una multitud de centellas que se apagan tan pronto como nacieron.

— Animo, Mopso, valor! ya solo te resta que atravesar el reducido llano y el bosque de abadules: una linda mano acariciará tu arrasado cuello, y en una abrigada cuadra te aguardan anchas medidas de cebada monda y de avena.

¡Que espectáculo tan encantador ofrece el bosque de álamos! todas las ramas están acolchadas con el blanco vello de la escarcha, cuyas ramillas mas finas se disipan en blanco en la oscuridad de la atmósfera, semejantes á un gran canastillo de feligrana, ó á una madrepora de plata, ó á una gruta con todas sus estalécticas; las ramificaciones de aquellas flores extrañas con que el hielo azoga las vidrieras no ofrecen dibujos mas complicados y varios.

(Se concluirá).

CRITICA LITERARIA.

(Nueva edición de Gil Blas de Santillana).



REY hubiéramos querido hacer mencion de esta empresa cuando en el número 47 del Semanario, correspondiente al año actual, hablamos de la nueva edición de las obras de Quevedo; pero las consideraciones á que naturalmente dió motivo la breve reseña del mérito de ese celebrado poeta satírico, cerró la entrada á las que debemos hacer respecto de la tan antigua y conocida fábula de costumbres, designada con el título de *Aventuras de Gil Blas de Santillana*. Y con tanto mas motivo debimos haber hecho mérito de su nueva edición, cuanto que lleva consigo el derecho de prioridad, puesto que es la primera de su clase que se ha publicado en España, con tipos y papel de nuestra patria, ilustrada con las observaciones de Llorente acerca de la debatida cuestion sobre el verdadero autor de esa obra, y adornadas sus páginas con viñetas y estampas, todas dibujadas y grabadas por los mismos artistas españoles que ejecutau las del Quevedo. Así es que tanto en una como en otra publicación, se advierte la destreza de aquellos, y lo cercanos que se hallan á lo mejor de las ediciones francesas de igual género: sin que sirva de obstáculo en la del Gil Blas la inferioridad de nuestro papel respecto del francés; pues no por eso aparece menos limpia la impresion, ni da peor efecto los grabados, que en la del Quevedo.

Respecto del verdadero origen de esa novela que puede llamarse europea por lo conocida que es en todas partes, no ha faltado quien teniendo siempre á la vista el rasgo de mal humor y aun de indignacion que el P. Isla consignó en la portada de su traduccion del Gil Blas, ha tratado de indagar la verdadera patria de esa composicion que los franceses desde luego declararon por suya, fundados únicamente en que por suya la publicó *Mr. le Sage*. Esas indagaciones no han producido todavia pruebas concluyentes en favor de las justas pretensiones de los españoles para llamar suya una obra que tan solo pudo ser escrita por quien hubiese estudiado muy detenidamente las costumbres públicas y privadas de nuestro pais y de nuestra corte del siglo XVII, y aun narrado, por decirlo así, esas mismas costumbres, sus bellezas, sus resabios, y las preocupaciones vulgares de la época, para poderlas presentar con todo el colorido, con toda la valentia de esa espression característica de los españoles, no obstante lo mucho que ha debido perder en su version al francés, y de este al castellano, á la verdad no siempre tan correcto, como serlo debiera, mediando para ello la pluma del P. Isla.

Quizá no está muy lejos el dia en que el Semanario tome sobre sí la árdua empresa de resolver definitiva-

mente tan interesante problema. Tal vez si sus diligencias no dejan burlado tan patriótico empeño, podrá li-
songearse de consignar en los fastos de nuestra literatu-
ra el verdadero autor español de esa célebre novela; por
qué raras circunstancias llegó á poder del que se titula
su autor; las alteraciones que este creyó conveniente ha-
cer en el original; y de esa suerte confirmar la opinion
del P. Isla, que ciertamente no pudo espresarse en tér-
minos tan esplicitos, como lo hace en la portada de su

traducción, sin tener para ello el íntimo convencimiento
de que aquella obra era originariamente española.

Entre tanto, y reservando para ese caso el juicio crí-
tico de tan interesante novela, no podemos menos de re-
comendar su nueva edicion adornada con 500 grabados
(de cuya perfeccion pueden servir de prueba la letra con
que da principio este artículo, y viñeta que vá á su final);
y aplaudir el celo y loables deseos de sus editores por
dar mayor lustre á nuestra literatura.



Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Paz
frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscripcion
en Madrid. Por un mes cuatro reales. Por seis meses veinte reales. Por un año treinta y seis reales. En las Provincias franco
de porte. Por tres meses catorce reales. Por seis meses veinte y cuatro reales. Por un año cuarenta y ocho reales.
Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte á la Administracion del Semanario, calle de la Villa, número 6,
cuarto principal.